



CARMEN
LAFORET
RAMÓN J.
SENDER

**PUEDO
CONTAR
CONTIGO**

CORRESPONDENCIA



DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Prólogo
Introducción
Agradecimientos
Correspondencia 1965-1975
Apéndices
Bibliografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

La relación epistolar entre Carmen Laforet y Ramón J. Sender rebasa la idea común que el lector pueda tener sobre una correspondencia entre escritores y nos ofrece un retrato íntimo y desconocido de dos literatos que, con trayectorias claramente diferenciadas, encontraron con facilidad el afecto y las concomitancias necesarias para el que intercambio de cartas continuara a lo largo de los años sin apenas contacto personal.

Con sensibilidad y elegancia, Carmen Laforet nos acerca a una de las grandes incógnitas de la literatura española de posguerra: su mutismo literario y su necesidad de intimidad, que cristaliza en el distanciamiento paulatino de la vida pública y social. Reflexiones sobre su obra, su orbe sentimental, su familia o la religión, nos muestra el mundo desconocido de esta autora de éxito precoz. Por su parte, Ramón J. Sender desmitifica la vida del exilio y nos desvela, sin tapujos y con agudeza, sus sentimientos hacia su país natal: desde Franco hasta el estalinismo pasando por sus protagonistas literarios, como Alberti o Camilo José Cela.

En esta correspondencia, tanto Laforet como Sender analizan con destreza su obra y la del otro y, en ambos casos, encuentran el equilibrio perfecto entre la autocrítica y el juicio riguroso.

PUEDO CONTAR CONTIGO

Correspondencia

Carmen Laforet

Ramón J. Sender

Edición a cargo de Israel Rolón Barada

Ediciones Destino



Prólogo

Estas cartas tan hermosas me han conducido a lugares ya perdidos, a voces desaparecidas. Me he visto transportada a la casa de la calle O'Donnell, donde vivía con mi familia, y he oído a mis padres comentando la obra de Ramón Sender, a mi madre recomendándonos los libros que a ella le entusiasmaban. Y me he visto a mí sentada en un sillón de aquella sala leyendo *Crónica del alba*, y escribiendo a Ramón Sender y recibiendo su primera carta.

Ha pasado el tiempo. Ya se dismanteló aquella casa. Carmen Laforet cumplió ochenta y un años en septiembre de 2002. Han desaparecido sus alegres carcajadas y apenas si utiliza la voz. Sonríe y su sonrisa ilumina la estancia. Irradia un amor sereno y constante. Ha crecido a una dimensión difícil de alcanzar.

Ramón J. Sender, veinte años mayor que ella, murió en California en 1982 de un ataque al corazón cuando estaba a punto de cumplir ochenta y un años. Hasta ese momento se mantuvo activo y siguió escribiendo y publicando sin descanso. De él conservo el recuerdo del humor y el cariño paternal con que me aconsejaba en sus cartas, y los regalos que de vez en cuando me enviaba, para dar cauce a su generosidad contenida ya que, por delicadeza, no se atrevía a obsequiar a mi madre.

Esta correspondencia no tiene el poder de resucitar sus voces, pero sí sus palabras. La comunicación entre un escritor y una escritora españoles, situados cada uno a un lado del Atlántico, da testimonio de una época reciente de la historia de España. Su lectura informa de las dificultades profesionales

que vivieron cada uno por motivos diferentes y su lucha por superarlas; de su enfoque de la vida; de la religión; de la política del momento. Todo ello aderezado por la grandeza de corazón de sus autores, la abundancia de su generosidad, la ternura y amistad que destila cada una de estas epístolas, y la buena pluma de ambos.

Se conocieron los dos escritores en 1965 en Estados Unidos, cuando mi madre visitó ese país invitada por el Departamento de Estado americano. En la carta que inicia esta correspondencia, Carmen Laforet anuncia su viaje y propone un encuentro que se produce a su paso por Los Ángeles en el mes de noviembre. No vuelven a verse hasta 1974, en que Sender visita España. Pero han sembrado una semilla de amistad que se ve madurar y crecer en esta correspondencia, alimentada por la lectura recíproca de sus obras y la admiración mutua cuya expresión abunda en estas páginas. En 1968, después de dos años de cartearse con el trato de «usted», pasan a la forma más coloquial y amiga del «tú», lo que favorece el carácter íntimo de su comunicación.

Carmen Laforet le cuenta sobre su vida familiar, los hijos, las tareas como anfitriona y ama de casa, el enfoque religioso de su vida, su búsqueda constante de felicidad y alegría. Le traslada sus dificultades de ser y escribir como mujer, la inseguridad frente a su obra de la que se muestra muy crítica. Se dice apolítica, pero va creciendo en ella un sentimiento de rechazo al país en el que vive y que tanto ha cambiado. Advierte a su amigo de su percepción para que no sufra desengaño a su regreso. Siente y expresa su desagrado en forma de metáfora. El aire de libertad en el que ella se siente vivir y le es propicio para crear se ha enrarecido, y hasta el clima le parece distinto y adverso:

Un clima de nieblas, de lluvias constantes y hollín. ¿Usted se imagina eso?... Yo le cuento todo esto para que no se haga ilusiones cuando usted venga a recorrer Madrid y el Alto

Aragón con nosotros. Solamente estando tres meses fuera, ya se nota que esto no es lo que nosotros creíamos que era...

Con frecuencia Carmen Laforet menciona su pereza «tan española» para escribir, su falta de fuerzas, su desánimo literario. En la crónica de su viaje a Estados Unidos, aparece el siguiente comentario:

Usted no se acostumbraría ahora —le dije— a la vida tan áspera como es la de España para los escritores. Usted no se acostumbraría a sentirse perdido en las bibliotecas, a tener que buscar material de estudio como un guerrero solitario entre libros. Tampoco se acostumbraría a nuestras envidias, enemistades, rencillas...

¿Pueden estas circunstancias desviar a un escritor de su vocación? Muchos lectores se han preguntado sobre el motivo del silencio literario de Carmen Laforet. Yo diría que en la vida de mi madre, tan ansiosa de libertad e independencia, tan deseosa de recuperar la alegría y la despreocupación que formaban parte indisoluble de su carácter, estas actitudes insidiosas fueron minando su espíritu y su entusiasmo. Todavía en la época de estas cartas ella trata de resistir, de mostrarse indiferente:

«No se asombre usted de las malas interpretaciones españolas sobre la obra, las intenciones y hasta la vida de uno. Usted se ha olvidado que vivimos siempre en los pequeños reinos de las Taifas, y que una persona que no está declaradamente en ninguno de estos reinos belicosos, a la fuerza se la considera como enemiga de todos. O tonta, o malvada, o lo que sea. Yo no soy luchadora. Como tampoco soy trabajadora, resulta que otros trabajan por mí interpretándome. Yo estoy curada de espantos y no me causa ninguna impresión nada de eso.»

Este alarde de fortaleza no acabó en victoria. Carmen Laforet huyó hacia el silencio. Este debate de la escritora entre

la elección de una vida apartada y serena y el ejercicio de su profesión la agota y desgasta su energía.

Sender la apoya con cariño en todo momento, pero él es un luchador activo, un trabajador incansable, y no cesa de animarla a ella para que haga lo mismo: «... *Robe tiempo al tiempo y escóndase y siga trabajando en lo verdaderamente suyo, en lo que nadie puede hacer sino usted. Tiene un gran talento que no es ya propiedad suya sino de todos nosotros, los que la leemos...*».

A pesar de su actividad, el escritor está entrando también en una etapa difícil de su vida. Se duele de la soledad y la dureza del exilio, del discurrir de la vejez lejos de sus raíces. Añora terriblemente su país y desea regresar sin traicionarse ni traicionar a los que piensan como él. Le impacienta que las cosas sigan como siempre, que permanezca en el poder ese «César pequeñito», el único a quien guarda rencor por todo lo ocurrido, y aunque cree en un futuro mejor, le desespera que las cosas se muevan tan despacio.

Le cuesta aceptar la vejez, precisamente por la fogosidad de su carácter que desborda en encuentros, amores, lecturas, publicaciones..., al tiempo que su energía se ve mermada por la edad y la salud. Su obra empieza a ser reconocida y publicada en España (con algunos recortes y omisiones), pero nada de ello consigue colmar el vacío del exilio. Sufre crisis de ansiedad que se traducen en manifestaciones asmáticas y que él considera de origen psicológico:

... puedo pasar por grandes crisis de no sé qué.

Supongo que es porque no me avengo a ser viejo (27 de enero de 1971).

Necesita a los suyos desesperadamente. La crueldad del exilio, se hace patente en la lectura de estas líneas:

Qué bueno sería que estuvieras tú por aquí, cerca de mí. Porque a veces me siento tan perdido en cuanto a relaciones

humanas que me daría con la cabeza contra las paredes... (23 de junio de 1971).

Todos estos sinsabores no le impiden escribir y publicar una novela por año.

El milagro de Sender —escribe Carmen Laforet en sus crónicas de América— *es que sigue viviendo en español y escribiendo en español siempre nuevo y renovado. La nostalgia no le ha secado. Es como si llevara a dondequiera que va, tierra española adherida a sus zapatos.*

Les dejo a ustedes saborear estas cartas y extraer de ellas su sustancia. Cada lector lo hará a su manera y encontrará diferentes respuestas a preguntas diferentes. Yo me he sentido más rica después de leerlas, como si ellos me hubieran invitado a participar en su debate sobre lo humano y lo divino, como si hubieran exhalado hacia mí esa forma de estar en el mundo replanteándose lo constantemente, perdonando y amando.

CRISTINA CEREZALES

Introducción

Marzo, 2003

1. *Trasfondo histórico*

Motivado por el recuerdo de haber conocido a Carmen Laforet hace unos quince años, en una conferencia en la Universidad de Georgetown, en Estados Unidos, llegué a Barcelona con el propósito de cursar los estudios de doctorado en literatura española. Carmen Laforet había vuelto a viajar por quinta vez a Norteamérica en 1987 debido a un homenaje que le rindió la Modern Language Association of America. Visitó de nuevo universidades americanas, ofreciendo conferencias a estudiantes de literatura y lengua española. Su visita a Georgetown tuvo lugar en el Departamento de español y portugués de la Escuela de Lenguas y Lingüística bajo la coordinación de la profesora Bárbara Mujica. Su aparición aquella tarde en una de las aulas de conferencias más grande de la planta baja del I.C.C. «Building» (Centro de Cultura Internacional) de esta Universidad, en compañía de la profesora Roberta Johnson, captó de inmediato la atención de la audiencia. Con una imagen de abuelita delicada, y hasta un tanto frágil, aparentando algún año más de los 66 que tenía por entonces, con su cabello gris, abandonando el podio y el escritorio destinados a los conferenciantes, fue acercándose a los profesores y estudiantes. La autora de *Nada* trató de responder y aclarar las preguntas sobre posibles símbolos y arquetipos encontrados en su primera novela, y propuestos en aquel mo-

mento, a manera de debate, por algunos de los presentes. Laforet, con un tono quizá algo irónico, contestó en un par de frases: «Si ustedes lo dicen... Yo no lo había pensado..., nunca se me hubiera ocurrido...». Luego, restándole importancia a la crítica literaria, nos decía a todos: «Que critiquen todo lo que quieran...». Más tarde, concluyó su conferencia hablando de sí misma, explicando cómo sus hijos, sus nietos y sus quehaceres cotidianos llenaban su presente y ya no escribía más. Por el carisma de Laforet y la semilla literaria que dejara en aquel encuentro, inspirado también por esa sencillez y humildad, que recuerdo como producto de una espiritualidad enigmática que rodeaba a la autora, quise enfocar mis estudios hacia la literatura de posguerra y su obra literaria. Al llegar de Estados Unidos y tratar de comprender la falta de disponibilidad y representación editorial de sus libros, con la excepción de su primera novela, y el silencio que la circunda en comparación con otros autores de esta generación —justo lo contrario de lo que ocurre en el ambiente académico norteamericano—, Carmen Laforet y su literatura han sido para mí desde entonces un reto intelectual. El dirigirme correctamente para poder profundizar en la trayectoria de su trabajo y en la historia de su vida ha sido posible por mi propia iniciativa, por la orientación de mis profesores y también gracias al apoyo de la familia Cerezales-Laforet.

Por esta atracción intelectual en la literatura española escrita con posterioridad a la Guerra Civil, proveniente de la primera lectura de *Nada* y de esa curiosidad personal nacida de aquella conferencia que dictó Carmen Laforet en aquel período académico de 1987, me pareció la Universidad de Barcelona el lugar más estimulante. Leyendo su literatura posterior a *Nada*, perteneciente a los años 50, *La isla y los demonios*, *La llamada*, *La mujer nueva*, y de los 60, *La insolación* y *Paralelo 35*, al igual que al estudiar sus biografías, entre ellas, la de Roberta Johnson (1981) de carácter académico, la de su hijo me-

nor, Agustín Cerezales (1982) y la más reciente, que rescata y promueve a un primer plano la figura de Laforet, de Inmaculada de la Fuente, *Mujeres de la posguerra* (2002), comencé a indagar y tratar de esclarecer esos períodos de silencio y esos interrogantes acerca de su vida y de su carrera literaria. Pero no fue sino al cabo de un tiempo que se me brindó la posibilidad de aportar un grano de arena para explicar su largo silencio final.

Tras la lectura de sus obras, con la finalidad de hallar algo más que pudiera explicar los enigmas de Laforet y los aspectos biográficos que no se perciben a simple vista, seguí estudiando con más interés para comprender los giros de su producción literaria, los lapsos de tiempo entre sus libros, etc. Así llegué a la conclusión de que no conocemos toda su obra. Al revisar sus crónicas de viaje por Estados Unidos, impresas en *Paralelo 35*, comprendí que tenía que haber correspondencia entre Carmen Laforet y Ramón J. Sender, y que la misma debería de estar en algún lugar. Así fue cómo tratando de localizar en Estados Unidos los remanentes de esos detalles personales de R. J. Sender pude encontrar, para mi sorpresa aquí en España, el archivo del autor de *Réquiem por un campesino español* de vuelta en su tierra natal, Huesca, y en él gran parte de las cartas de Laforet, además de las obtenidas directamente desde California.

El epistolario entre Carmen Laforet y Ramón J. Sender que aquí presentamos comienza en 1965. Sin embargo la historia arranca de mucho antes, de veinte años antes. Fue el 5 de octubre de 1947 cuando Ramón J. Sender, como prueba de su atención y de sus intereses en todo lo concerniente a España, desde la distancia, escribió por primera vez a Carmen Laforet felicitándola por la obtención del primer premio Nadal y por su primera novela *Nada*. Ramón J. Sender se encontraba por entonces en Estados Unidos, en Albuquerque, Nuevo México, concretamente, donde comenzaba a trabajar como profesor